

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 136.

Alicante 28 de Junio de 1873.

Año IV.

EL APOSTOL SAN PEDRO.

Tu eres Pedro, y sobre esta
piedra edificaré mi Iglesia.
(San Mateo xiv.)

En todas épocas fué grande y maravilloso el procedimiento empleado por Dios en sus admirables obras, pero en ninguna acaso lo fué tanto como en la fundación de su Iglesia, de la que los que tuviesen la dicha de ser miembros habían de participar de su divinidad. Y habían de poder serlo todos los hombres, porque para todos se estableció y á nadie se excluía. El carácter de humildad distintivo de los hijos de esta divina madre, carácter que va unido á la naturaleza humana, por mas que el pecado pretenda separarlo de ella, es el que permite á todos colocarse al amparo de esta celestial é inmensa maternidad y participar de sus abundantes y salutíferos frutos, que son frutos de vida eterna.

Dios, al fundar esta su divina y universal congregación sobre la tierra, en donde cupiesen cuantos aspirasen á conseguir los fines de su creación, buscó los medios de dar firmeza y estabilidad á los ci-

mientos de este edificio moral, que necesitaba de tanta mayor firmeza y solidez en sus cimientos, cuanta mayor había de ser su duración, tan extensa como los siglos.

Pudiera el Supremo Artífice haber escogido materiales solidísimos para la construcción de este gran templo; el saber que todo lo domina, la riqueza que todo lo vence, el poder que todo lo subyuga.... pero estos medios, grandes y fuertes á los ojos del mundo, son pequeños y deleznable á los ojos de Dios, que sabe *derribar á los poderosos desde sus encumbrados asientos y exaltar á los humildes.*

La humildad fué el carácter distintivo de Pedro antes de su vocación, como lo fué en ella y durante los días de su vida; humilde en su persona, humilde en su oficio y humilde en su vida. Por esto el divino Maestro, que siempre sobrepuso la humildad á la vanidad de los soberbios de la tierra, distinguió y premió esta eminente virtud en San Pedro, con lo que dió al propio tiempo una saludable lección á los grandes y soberbios del siglo.

Cuando Jesucristo, al volver de Jerusalem, halló á Pedro con su her-

mano Andrés junto al lago Geneza-
ret preparando las redes para pes-
car, en cuyo barco predicó al pueblo
que le seguía; sabiendo que toda la
noche habían estado trabajando sin
fruto, les dijo que echasen las re-
des al mar; y fué tanta la pesca que
sacaron, que llenaron el barco; y
Pedro atónito con esta maravilla,
dijo al Señor que se apartase de él,
que un pecador tan desdichado co-
mo él lo era no merecía tenerle jun-
to á sí. ¡Admirable humildad la de
Pedro, digna del premio que por ella
mereció! Entonces el Señor le ofre-
ció mejorarle el oficio, que tan bajo
y pobre parecía á los ojos del mun-
do, haciéndole pescador de otros
peces mas altos que son los hom-
bres.

Tanto efecto hizo en el corazon
de Pedro la gracia que acompañó á
estas palabras, que desde aquel
punto dejó cuanto tenia, y con ello
la esperanza de tener mas, para se-
guir á Jesucristo, quien poco tiem-
po despues hizo la eleccion de los
doce Apóstoles, á cuya cabeza la
Escritura y la tradicion ponen siem-
pre á San Pedro.

Despues que este santo Apóstol,
el primero entre los Apóstoles y en
nombre de todos ellos, no por co-
nocimiento de la carne y de la san-
gre, sino por revelacion de Dios,
confesó que Jesucristo es el Hijo de
Dios vivo, cuando los otros duda-
ban quien fuese; queriendo el Sal-
vador premiar esta magnífica con-

fesion, y hacer Pastor primero del
edificio espiritual de la fé al que dió
tan claro testimonio del que es fun-
damento, autor y consumidor de
ella, le dijo estas palabras: *tu eres
Pedro, y sobre esta piedra edificaré
mi Iglesia.*

Este era el nombre, dice un ex-
positor sagrado, que tenia guarda-
do Cristo á Simon hijo de Juan, (así
se llamaba San Pedro); nombre mis-
terioso, en el cual está envuelta la
prerogativa á que le sublima de
supremo Pastor de su Iglesia. La
Iglesia es la gran casa de Dios; edi-
ficóla Jesucristo cuando la fundó;
edificanla los Apóstoles, y los Pro-
fetas y Evangelistas, y los demás
Ministros suyos cuando le atraen
nuevos miembros, (San Pab. ad
Ephes. 4.) ó cuando gobiernan y
apacientan con el pan de la salu-
dable doctrina á los que ya están
incorporados en ella.

Sola la Iglesia edificada sobre
Pedro es la cristiana, la católica, la
visible, la que posee la cátedra de
la unidad, la doctrina de la verdad
y la vida de la caridad. No cabe en
ella la idolatría que destruye la
unidad, ni la heregía que hace
guerra á la verdad, ni el cisma que
se opone á la caridad.

Solos los que pertenecen á esta
casa son edificio de Dios (S. Pab. 1.
Cor. III.) El que no va fundado so-
bre el cimiento de ella, será arran-
cado por el huracan del error ó ar-
rebatado por las lluvias y las ave-
nidas del cisma. No quiere pertene-
cer al cuerpo místico de Cristo

el que á Pedro no mira como á Vicario suyo y cabeza ministerial de este cuerpo.

¿Qué diremos, pues, de los que intentan prescindir del Sumo Pontífice sucesor de Pedro, y quieren tener Iglesia sin una cabeza visible que sea el centro de la unidad? ¿Y qué de los que desprecian y conculcan los divinos derechos del Vicario de Cristo, de los que á esto añaden el insulto y el escarnio, y sobre estos impíos desmanes abusan de la fuerza contra los legítimos fueros de su sagrada persona? Diremos que por su desgracia están fuera de la Iglesia, porque, como antes queda espresado, no cabe en ella la heregia que hace guerra á la verdad, ni el cisma que se opone á la caridad.

¡Desgraciados tiempos los que corremos, en que tantos enemigos se han levantado contra el Pontificado! No es extraño. El infierno ha enarbolado sus estandartes contra la Iglesia, y por esto sus secuaces asestan los tiros á la cabeza visible. La profecía de David se está cumpliendo, y no por vez primera. *Concurrieron los reyes de la tierra, y los príncipes se confederaron contra el Señor y contra su Cristo.* (Sal. 2.)

No hay mas que tender la vista por toda Europa y nos convenceremos de ello. ¿Conseguirán su sacrilego objeto? El mismo Profeta lo contesta en el lugar citado. *El que habita en los cielos los escarnecerá, y el Señor se burlará de ellos.*

Ni puede dejar de ser así, porque la palabra de Dios no puede faltar, y Jesucristo ha dicho de la Iglesia que fundó sobre Pedro, que *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. Perpétua es por lo tanto la firmeza de la Iglesia de Cristo. Necedad es la ciencia de los que persiguen la verdad; flaqueza el poder de los que encarcelan, y quemar y descuartizan á sus defensores. La sangre de los mártires fecundó la tierra de la Iglesia que produjo nuevos y multiplicados frutos. *Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y sus nombres vivirán eternamente*. No puede ser destruida la que es guardada y protegida por el brazo de Dios hasta la consumacion de los siglos. (S. Mat. 28.) No flaquea la fortaleza, ni yerra la verdad, ni peca la santidad. Combatida es la Iglesia, pero nunca será vencida, porque es invencible el poder que la sostiene.

Al mismo Pedro, piedra fundamental de la Iglesia. y en él á sus sucesores, le fueron dadas las llaves que franquean la entrada en el reino de los cielos. *A tí daré las llaves del reino de los cielos*, le dijo Jesucristo. Extraordinaria y divina prerrogativa á ningun otro mortal otorgada! Admirable declaracion fué esta de la potestad eclesiástica sobre la Iglesia militante, significada con el nombre de reino de los cielos. Con estas llaves se abre tambien el reino eterno que cerró el

pecado. La Iglesia, esto es, toda la comunidad de los Prelados recibió las llaves en Pedro como en la persona de su cabeza: recibíólas él como Primado en persona de los Apóstoles, aunque ellos y sus sucesores las reciben de Cristo.

Por esto y como consecuencia y complemento de esta potestad de las llaves, dijo también Jesucristo á Pedro; *todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en los cielos.* Potestad exclusivamente divina, porque solo Dios ha podido darla, como quiera que solo Dios es el supremo juez de todos los hombres. No puede usar nadie de esta potestad contra la intención de Jesucristo que la da, ni de la Iglesia á quien la da. Desata la Iglesia á los pecadores cuando los perdona, los ata cuando los quiere curar: ata á los indignos, y desata á los penitentes. San Pablo llama á esta potestad el ministerio de la reconciliación, puesto que por ella y en virtud de ella se reconcilia el hombre con Dios. Imitarse debe la fidelidad con que usaron de ella los Apóstoles. Los que son herederos suyos en la potestad, deben serlo también en la fidelidad; y todos debemos serlo en la mansedumbre, en la dulzura y en el espíritu de caridad, de que tantos ejemplos nos dejaron los Apóstoles, y en especial el príncipe de ellos, de quien hoy nos venimos ocupando.

San Pedro nos dió también ejemplos patentes del grande amor que profesaba á Cristo y de la inquebrantable fé en su divina palabra, para que nosotros le siguiésemos en este camino; amor y fé que el Señor comenzó á premiarle en esta vida. Por esto Pedro fué también uno de los tres discípulos escogidos por Cristo para testigos de su gloriosa transfiguración, y del poder con que resucitó á la hija de Jayró, y de la agonía con que sudó sangre en la triste vigilia de su muerte. A él se manifestó después de resucitado antes que á los otros Apóstoles; y en uno de aquellos días que precedieron á su Ascension, le dió aliento para que por tres veces confesase el amor que le tenia, acabando de reparar las tres negaciones que tan amargamente habia ya llorado. Este amor suyo tan fino y tan probado galardónó el Señor, confirmándolo en la primacía de su Iglesia, y encargándole el gobierno de las ovejas y de los corderos, esto es, de todo su rebaño.

De fé, de obediencia y de humildad no dejó Pedro menos ejemplos que de caridad. Su humildad que se echó de ver en el tiempo de su vocación, resplandeció maravillosamente en la última cena, cuando protestó que contra toda su voluntad se dejaba lavar los pies del que tiene en su mano el mundo. Su obediencia se mostró en la prontitud con que entonces mismo cedió á la voz del Salvador, diciéndole

que bastaba que así lo ordenase, y que si era menester no solo se dejaría lavar los pies, sinó las manos y la cabeza. Su fé resplandeció cuando el misterio de la Eucaristía, que tenia confusos á los discípulos, á él le aseguró mas en la verdad; y léjos de volver la espalda al Salvador, tomó la palabra por los otros Apóstoles y le dijo: *¿A dónde iremos, Señor? Palabras tienes de vida eterna.* De cuya fé que tenia de Cristo, dió luego otra prueba nobilísima en la confesion de su divinidad.

¡Cuántos se avergüenzan hoy de la confesion de esta divinidad, que tanto honró y enalteció á Pedro, y por la que tanto mereció!

Nosotros los verdaderos católicos, debemos ser fieles discípulos suyo en la fé, en la obediencia y en la humildad; y como él fué piedra fundamental, hemos de procurar ser piedras dignas del edificio espiritual de la Iglesia, no admitiendo en nosotros nada que sea ajeno de su santidad, ni de su verdad, ni de su hermosura; y si hemos sido frecuentemente imitadores de sus negaciones, seámoslo tambien de sus lágrimas.



Hé aquí el texto del mensaje que ha sido leído á Su Santidad por el Padre Beckx en 12 de Junio, y en nombre de todos los generales de las órdenes á que afecta la ley de supresion de los conventos.

*Santísimo Padre: las graves aflic-

ciones que oprimen desde hace mucho tiempo á los fieles, viendo á la Iglesia de Jesucristo tan universalmente perseguida, léjos de disminuir, se agravan de dia en dia, á proporcion de la audacia y de la violencia, siempre en aumento, de sus enemigos.

Nosotros tenemos, es cierto, no solo la firme confianza, sino la certidumbre infalible de que la Iglesia fundada sobre la piedra angular, que es Cristo, resistirá todos los embates y prevalecerá contra los esfuerzos del infierno.

Nosotros no podemos dejar de quejarnos del mal que se hace impunemente, de los perjuicios gravísimos de las almas espuestas á mil peligros en medio de tanta perversidad de máximas inmorales é irreligiosas, cuya propaganda se favorece por todas partes.

Uno de los graves motivos de nuestra afliccion es ver á las comunidades religiosas expuestas á las angustias y contradicciones y en vispera de ser expulsadas por la fuerza de sus asilos sagrados, y despojadas de sus propiedades y arrojadas en medio de los peligros del siglo.

Sin embargo, en medio de tan vivas amarguras, hallamos un gran consuelo en el vigor con que Vuestra Santidad toma nuestra defensa contra el comun enemigo, asi como tambien en el favor que nos es concedido de venir frecuentemente á los pies de Vuestra Santidad á depositar nuestras penas en su paternal corazon. Nosotros allí tomamos aliento, ejemplo de generosidad, fuerza y esperanza en el auxilio divino. Sí; nosotros esperamos en que el Señor no tardará en venir en nuestro auxilio, y esperamos contra *spem in spem*. Pero séame permitido decirlo; el motivo de nuestra esperanza sois vos, bienaventurado Padre.

Entre las señales que el Señor nos dá de su predilección por la Iglesia, la mas notable, la mas luminosa, es la conservación de la preciosa salud de Vuestra Santidad, que ha pasado del término que jamás alcanzaron vuestros venerables predecesores. Esta señal que consuela á los buenos, nos anima á esperar que las oraciones de toda la Iglesia serán pronto escuchadas, y que por la intercesión de la bienaventurada Virgen María, que debe á Vuestra Santidad la mas preciosa joya de su corona, el Señor devolverá á la Iglesia esta paz que es la aspiración del mundo entero, y que el mundo espera con el triunfo de la justicia y de la verdad. Hoy mas que nunca nos sentimos obligados á orar con la mayor efusión de nuestros corazones, á fin de que el Señor apresure el momento de sus misericordias sobre su Iglesia y conserve largos años la vida de Vuestra Santidad, de quien imploramos con confianza para nosotros y para nuestras religiosas familias la bendición apostólica.”

Discursos de Su Santidad.

El telégrafo nos habia anunciado el discurso del Padre Santo, contestación al magnífico mensaje leído por el reverendo padre Beckx, á nombre de todos los generales de las órdenes religiosas y superiores de los conventos de Roma, en la audiencia que obtuvieron el 12 de Junio. Hallamos en la *Voce de la Verità* el texto de esta respuesta que nos apresuramos á traducir.

„Me asocio completamente, ha dicho el Santo Padre, á las justas quejas que se elevan con motivo de la triste situación presente y del poder que instantáneamente ha querido Dios otorgar al in-

fierno. En verdad que parece que nosotros no debemos repetir ahora mas que estas palabras: *Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum*. ¿De donde procede, en efecto, sino del príncipe de las tinieblas y de los que él inspira, ese cruel frenesí que conduce á atacar inofensivas personas que viven tranquilas en la soledad del retiro consagrada á la oración, estudiando y embelleciendo á la Iglesia, la cual, por medio de estos auxiliares y defensores, se presentaba verdaderamente como *circúmdata varietate*?

¿De dónde procede ese ódio que escita á los hombres á privar á esta Santa Sede de valerosos adalides, al pueblo fiel de valientes ministros de los sacramentos y santos dispensadores de la palabra divina? ¿De dónde proviene si no del mismo Satanás y de sus satélites encarnados en los hombres, y que quieren desarraigar la fé y destruir, si fuese posible, hasta las huellas del catolicismo?

Sin embargo, dos reflexiones se ofrecen al pensamiento, y deben servir de lenitivo en tan gran aflicción. La primera es, que las almas aceptas á Dios deben ser experimentadas en la desgracia. *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te*. Es lo que el ángel decia á Tobias para explicarle el misterio de sus dolores.

Del mismo modo, la Iglesia, purificada por las tribulaciones, se levantará mas vigorosa, y las mismas órdenes religiosas podrán combatir mejor las batallas del Señor, despues que ellas hayan triunfado de los actuales esfuerzos del infierno, que tiende á destruir todo lo que se presenta bajo el aspecto de la religion y de la Iglesia.

La otra causa de conformidad y esperanza es, para mí, el espíritu de ora-

cion que se despierta con nuevo ardor en todas partes. No hay nacion de la tierra donde no se alabe el nombre de Jesucristo, ni sitio donde no se dirijan preces por las aficciones de la Iglesia, debiendo nosotros redoblar nuestra confianza en El, que sabrá darnos las necesarias fuerzas, no solamente para combatir, sino para triunfar. Las censuras de la Iglesia, que se acumulan sobre la cabeza de los espoliadores, es tambien una poderosa arma, de la que Dios se servirá para destruir á sus enemigos.

Recuerdo haber recitado varias veces una anecdota referente á una persona de mi conocimiento, y esta anecdota quiero repetirla. En tiempos pasados, cuando yo vivia en la casa de los pobres artesanos (el Instituto llamado de *Tata Giovanni*, del que fué capellan Pio IX) vi venir hácia mi un hombre que pertenecia á una familia acomodada, el cual me pidió una limosna.—¿Y qué, le dije, no perteneceis á tal familia, tan rica y que forma parte de una poderosa sociedad que ha adquirido por muchos millones gran número de bienes de la Iglesia?

—Desde entonces acá, me respondió con lágrimas en los ojos, nuestra riqueza se ha disipado como el humo, por cuya razon os pido una limosna á fin de poder volver á mi pais natal, y allí oculto en el hogar doméstico, espiar secretamente mis pecados.

Si cuento este hecho, no es porque sea el único, sino porque se parece á muchos otros que han tenido lugar en el pasado y son como la prediccion de los sucesos del porvenir.

Quiera Dios que, como El predice las consecuencias de la usurpacion, sirva tambien de ejemplo para proporcionar el arrepentimiento de los usurpadores.

Tengamos confianza en Dios que nos

muestra su ternura aun cuando castiga. Tengamos confianza en que El volverá su mirada irritada contra los que le hacen daño: *Ut perdat de terra memoriam eorum.*

Por último; levantemos los ojos hácia Dios, y para confortarnos mas pidámosle la gracia de soportar con paciencia cuanto permite que nos suceda. Recomendémosle las necesidades de toda la Iglesia y del anciano que os habla, á fin que me dé fuerzas para rogar por todos, por Alemania, por Francia, por Austria, por Suiza, por Inglaterra, por España, por Portugal y por esta desgraciada Italia. ¡Ah! que Dios venga á calmar la tempestad y guie el bajel al puerto de salvacion y tranquilidad. Sin duda ninguna El vendrá, y es con esta fé con la que yo levanto la mano para bendeciros.

Benedictio Dei, etc.»

ALOCUCION DEL PAPA.

En los periódicos belgas recibidos hoy encontramos el Breve que el Papa ha dirigido al senador Cannart de Hamale, el dia 8 del corriente mes de Junio, condenando de nuevo y con gran energia las doctrinas de los católicos liberales; hê aquí este interesante documento sobre cuya importancia llamamos la atencion de nuestros lectores.

«A nuestros queridos hijos el senador Cannart de Hamale, presidente y miembros de la federacion de los círculos católicos en Bélgica.

PIO IX PAPA.

Queridos hijos: Salud y bendicion apostólica.

Mientras que la situación de la Iglesia llega á ser cada día mas aflictiva, y aumenta la impudencia con que se arrastra por los suelos su autoridad, así como la insistencia con que se trabaja para disolver la unidad católica, arrancándonos los hijos que Nos pertenecen; vemos al mismo tiempo, queridos hijos, brillar como un resplandor siempre creciente vuestra fé, vuestro amor á la religión y vuestra adhesión á esta silla de San Pedro. Con objeto, no solo de hacer fracasar sus impíos esfuerzos, sino tambien de unir á los fieles con lazos cada vez mas estrechos, poneis á nuestra disposición vuestras luces, vuestras fuerzas y vuestros recursos; pero lo que Nos alabamos mas en esa empresa llena de piedad, es ver que vuestra aversión es completa á los principios *católicos liberales*, que tratais de borrar de las inteligencias en cuanto os es posible.

Aquellos que están imbuidos de estos principios hacen profesion, es cierto, de amor y respeto á la Iglesia, y parece que consagran á la defensa de esta sus talentos y sus trabajos; pero se esfuerzan sin embargo en pervertir su doctrina y su espíritu, y cada uno de ellos, segun la diversidad de sus gustos y de su temperamento, inclinan á ponerse al servicio del César ó de los que quieren vindicar sus derechos en favor de una falsa libertad. Piensan que es absolutamente necesario seguir este camino para quitar la causa de las disensiones, para conciliar con el Evangelio el progreso de la sociedad moderna y para restablecer la tranquilidad y el orden; como si la luz pudiera existir con las tinieblas, y como si la verdad dejase de ser verdad porque se la desvie violentamente de su verdadera significación, y se la despoje de la firmeza inherente á su naturaleza.

Este error, lleno de asechanzas, es

mas peligroso que un enemigo descubierto, porque se oculta bajo el velo especioso de celo y de caridad; y esforzándose en combatirle, y procurando alejarlo de los incautos es como estirpareis seguramente la raiz fatal de las discordias, y trabajareis con eficacia en producir y sostener la union íntima de las almas.

Sin duda no teneis necesidad de estas advertencias; vosotros los que os adherís con una resolución tan absoluta á todas las decisiones de esta Cátedra Apostólica, á quien habeis visto condenar en diferentes ocasiones los principios liberales; pero el mismo deseo de facilitar vuestros trabajos y de que obtengais frutos mas abundantes, Nos ha llevado á recordaros un punto tan importante.

Continuad, pues, el combate que tan generosamente habeis comenzado, y esforzáos cada día mas en merecer mejor los plácemes de la Iglesia, teniendo en perspectiva la corona que Dios os dará en recompensa.

Mientras tanto, os espresamos nuestro reconocimiento por los servicios que prestais, y deseamos á vuestra sociedad un desarrollo siempre en aumento, con la abundancia de las bendiciones celestiales. Nos deseamos que el presagio de estos favores sea la bendición apostólica que os concedemos con gran cariño, queridos hijos, como muestra de Nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, etc., etc.”

TRÍDUO.

L'Observatore romano del 12 nos trae el texto de la súplica dirigida á Su Santidad por la *federacion Pia*, y los

individuos del comité de peregrinaciones en la actualidad, habitantes en Roma. Reunidos estos celosos católicos, han tenido el pensamiento de proponer á la aprobacion del Padre Santo el programa de un Triduo solemne de mortificaciones y plegarias, con objeto de pedir al cielo que de ya la libertad á la Iglesia y la salud al mundo.

Tres fechas se propusieron en este proyecto á la eleccion de Su Santidad: el dia de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, la fiesta de la Transfiguracion y la de la Asuncion, solicitando preferentemente esta última los peregrinos franceses.

La peticion hecha de este modo al Padre Santo el 18 de Mayo, se habia ya aceptado el 24 en un Rescripto en el que Su Santidad, dignándose acceder á los deseos de los peregrinos franceses, fijaba la fiesta de la Asuncion para el triduo.

Hé aqui ahora en qué términos está redactado el Rescripto Pontificio; 24 de Mayo del 73.»

»La oracion no solamente es digna de elogio, sino esencialmente necesaria en los tiempos actuales, en que la iglesia católica sufre tribulaciones de toda especie y por todas partes es batida por las astucias del infierno. Oremos á fin de que Dios libre á su Iglesia de las asechanzas de los que la combaten y de la cuchilla de los que la persiguen. Que Dios bendiga á los fieles; que El derrame sobre sus inteligencias la gracia y la oracion, á fin de que le sea permitido oír la voz de Aquel, que manda las tempestades y envia la paz.

PIO IX, PAPA.

Hé aquí las instrucciones que S. E. Patrizi, Cardenal Vicario, prescribe sobre los actos de piedad que deben tener lugar durante el *triduo* y las indulgencias que con este motivo se ganan.

»En audiencia de 30 de Mayo, nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX se ha servido fijar los dias 12, 13 y 14 del mes de Agosto, como consagrados á la plegaria universal, habiendo determinado como oraciones que deben recitarse las letanías de los Santos. Además Su Santidad concede por cada uno de estos dias una indulgencia de siete años á todos los fieles que recen devotamente estas oraciones, concediendo indulgencia plenaria á los que las hayan hecho durante los tres dias, habiendo confesado y comulgado en uno de ellos, ó en la festividad de la Asuncion, ó durante su octava. —Constanince, *Cardenal Vicario.*»

Escusamos hacer reflexion alguna, pues basta conocer esta nueva prueba de amor paternal del Santo Pio IX, para escitar la piedad, el contento y la alegria de todos los católicos españoles.

Á VALENCIA.

¡Oh pátria! ¡Quién tuviera
De tus preclaros vates el acento,
Para que audaz volando el pensamiento
Digno mi verso de tus glorias fuera!
Yo de entusiasmo, presuroso siento
Latir mi corazon, más á mi lira
Sonidos faltan y á mi voz aliento.

Sobre ese lecho de perpétuas flores
El viajero estático te admira
Como soñado Eden de los amores,
Y al dejarte suspira;

Que tu brillante cielo
Empaña breve apenas
Del ave pasajera el raudo vuelo,
Y son tus noches límpidas, serenas,
Y están de encanto y de misterio llenas.
Yo de la luna al rayo macilento
Yo te miré, y mi loca fantasía
Pobló de sombras tus callados valles;
Vi al Agareno de tostada frente
Armado el brazo de su fiel gumía
Cruzar de noche tus revueltas calles,
Y sonó en mis oídos
La voz y la alegría
De las hijas del Africa, en tus campos
Danzando, envueltos sus airosos talles
Con sueltas gasas, al morir del día.
Los hijos del Profeta
De fuerte acero y de furor ceñidos
Ví cabalgar, y en la pelea inquieta
Por tu defensa combatir ardidós;
Y ví la cruz donde brilló la luna
Nublada ya en la guerra,
Que su furor pasó sobre la tierra
Leve cual giro de la infiel fortuna.

¿Y hoy? ¿Será que de poder cansada
Débil tu brazo y corazón se siente?
¿Y has depuesto tu espada
Y la corona que ciñó tu frente?
No: que hoy también entusiasmado veo
Mil pensamientos agitar fecundos,
Y «que la admiren sin igual los mundos»
En cada frente de tus hijos leo.
Sí, caiga hecho pedazos
El muro que te oprime,
Tus amorosos brazos
Tiende por ese mar que á tus pies gime,
Y del vapor en alas
Únete al orbe con perpétuos lazos;
Que cuando el extranjero
Para admirarte cruce tus vergeles,
No faltarán para tu manto galas,
No faltarán para tu sien laureles.

No en vil materia tu poder se encierra;
También con raudo vuelo

Dejas en alas de la fé la tierra
Para volar al cielo:
Digalo el alto monumento augusto
Que en el espacio subes,
Para elevar la Virgen sin mancha
Hasta tocar las nubes
Donde su frente púdica se esconda;
Faro que en alto brilla
Para que guíe al marinero osado
Cuando domine la onda,
Padron de gloria que á futuros siglos
Tu esfuerzo diga y de tu fé responda.
Tu juventud que en derredor contemplo,
Juventud que se agita
Por elevarte soberano un templo,
Que por tu honor milita,
Siente cual yo que henchida de entusias-
Ya te alzas, patria mía, (mo
Tras tantos siglos de fatal marasmo
A ser de nuevo la que fuiste un día (1).
Miguel Amat.

VARIEDADES.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE,

por el Pbro. M. Lamazou.

Traducción de D. Carlos María Perier.

(CONTINUACION.)

Quando llegué al edificio del Crédito Moviliario, se enviaban dos muertos á sus respectivas familias: uno de ellos era M. Molinet, jóven edificante de la feligresia de la Magdalena; herido al lado de su padre, habían arrancado á este del lado del cuerpo de su hijo para

(1) Esta composición fué leída en el Liceo cuando se agitaba en Valencia el pensamiento de terminar el Miguelete, coronándolo con la imagen de Nuestra Señora.

llevarle prisionero al Estado mayor de la plaza, sin respeto ni compasion á su dolor inexplicable.

Elevé á Dios una ferviente plegaria por esas infortunadas víctimas, y pregunté en qué sala se hallaban los heridos.

Bien se deja comprender cuánta consternacion y horror reinaria entre los habitantes de la plaza de Vendome, en presencia de los extraordinarios acontecimientos que á su vista se desarrollaban, y de los peligros de toda clase de que á cada momento estaban amagados. Veíase el espanto retratado en el rostro de los conserjes del Crédito Moviliario; así es que á duras penas consintieron en abrir un resquicio en la puerta de su estancia, y en balbucear alguna respuesta vaga, que no tenia gran conexion con las preguntas que se les dirigian. Al cabo diéronme por guia, para conducirme á la sala en donde se hallaban los heridos, un hermoso niño de ocho á diez años de edad, que más bien con curiosidad que con temor observaba atentamente las fisonomías de los ciudadanos armados de Montmartre y Belleville, que ocupaban el vestibulo.

Seis eran los heridos que se habian admitido en aquella ambulancia, y estaban todavia sobre las mismas camillas en que fueron trasportados. Cuidábanlos con esmero dos enfermeros que llevaban la cruz roja de la *Sociedad internacional para socorro de los heridos*; y competia con ellos en prestarles solícitos cuidados una cantinera de ademan resuelto y desembarazado. Notábase un porte decente en los insurrectos, que acudian á la sala, hablaban en voz baja, y en medio de su curiosidad mostraban cierta simpatia en sus modales, aunque su rostro permaneciera sereno, y aunque por falta de aptitud no

pudieran prestar personalmente ningun socorro.

No les sorprendió mi presencia: tenian la discrecion de retirarse cuando yo me acercaba á los heridos, de los que ninguno me pareció que lo estaba mortalmente. Administré, sin embargo, á uno los auxilios religiosos á petición suya; á los demas les prodigué los consuelos más eficaces que pude; diéronme con efusion las gracias. Todos eran de la clase media. El último que habia llegado como de unos treinta años, habitaba en la calle de Meyerbeer. Refirióme que aquella misma tarde debia haber marchado á su provincia para reunirse con sus hijos y su esposa; pero que se habia propuesto dar antes una prueba de buen patricio agregándose á la manifestacion. Las tres balas que con tal motivo le hirieron, no ponian afortunadamente su vida en peligro.

Sobre el suelo, á la entrada de la sala, hallábase tendido un jóven atormentado por fuertes convulsiones. Vestido medio de soldado y medio de guardia nacional, denotaba ser sin duda uno de los muchisimos individuos de tropa que habian fraternizado con los insurgentes, hasta el punto de ser atraídos al servicio de su funesta causa. Aquel repentino ataque nervioso sin herida alguna, daba á entender que las descargas de sus nuevos camaradas, y las muchas victimas que con ellas cayeron, hubieron de producirle un vivo acceso de remordimientos. Al parecer nada oia, y estaba continuamente agitado por crispaciones y contorsiones de índole en verdad espantosa. Me aproximé á él; intenté dirigirle algunas palabras con dulzura para ver de calmarle; y con mucho encarecimiento lo recomendé en alta voz al cuidado y solicitud de los dos enfermeros antes citados. Los guardias na-

cionales que lo rodeaban dieron muestras de enternecerse, al ver que yo tributaba igual interés á uno de los suyos, que á los paisanos que habian sido víctimas de su amor á la ley y al orden.

Quise, ántes de abandonar la plaza de Vendome, saber con certeza si se habia llevado alguna víctima de la guerra civil á la ambulancia de M. Constant Say, una de las seis que durante el sitio me habia obligado yo á visitar, para llevar los auxilios religiosos, y el aliento y la animacion, á los soldados enfermos ó heridos. Esta ambulancia estaba administrada con singular esmero; á tal punto, que al asistir durante los eternos meses de Diciembre y Enero á la comida de los heridos, llegué á envidiar el sano y abundante alimento que se les daba; pues tratábaseles en verdad como miembros de la familia, y aun más, como á los hijos mimados de la casa. Uno de los médicos más afamados de Paris los visitaba cada dia, prodigándole sus solícitos é inteligentes cuidados. Con no menor interés visitábalos tambien diariamente un Sacerdote de Jesucristo, que con cariño les hablaba de Dios, de su alma, de su madre ausente y de su porvenir temporal y eterno. Tratándose de una familia, cuyo magnífico establecimiento industrial y cuya caridad inagotable son como una providencia para la clase obrera en Paris; no podia suceder otra cosa. Supe con alegria que todos los militares acogidos en esta ambulancia ó casa de socorro, salieron de ella mejores cristianos y más buenos franceses. Es además una consoladora verdad que durante todo el sitio ha sido digna de admiracion la solicitud de los habitantes de Paris en favor de los militares enfermos ó heridos.

Y los merecidos elogios que en nombre de la justicia he tributado á la am-

bulancia de monsieur Constant Say, debo hacerlos extensivos á las demás que tuve encargo de visitar; á saber: la de M. Frottin, antiguo alcalde del primer distrito (calle de Saint-Honoré); la de M. Jourdain, miembro del Instituto (calle del Luxemburgo); la del doctor M. Moissonet, médico del Hotel-Dieu (calle de Richepanse); la de Mademoiselle Dognin (en Point-du-Jour, Auteuil); y por último, la fundada y regida con tanto denuedo en Grenelle por algunas obreras, animadas de ardiente fé y de entusiasta caridad (fuerzas morales que obran prodigios) y que fué trasladada por causa del bombardeo de Grenelle, al santuoso palacio del conde de Mercy d'Argenteau (calle de Suresnes).

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve misa conventual con sermon que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. En Santa Maria misa mayor á las ocho y media. En la Virgen de Gracia, á las nueve, gran funcion al *Santísimo Sacramento* con sermon que dirá D. Francisco J. Guimbeu, vicario de la misma. En las Agustinas misa mayor á las siete y cuarto.

Martes.—En las Agustinas misa de renovacion á las siete y cuarto.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las siete menos cuarto, y por la tarde á las cinco, el trisagio.

Viernes.—En las Capuchinas á las siete comunión general, y por la tarde á las cinco, el ejercicio del Sagrado Corazon de Jesús.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las siete y media.